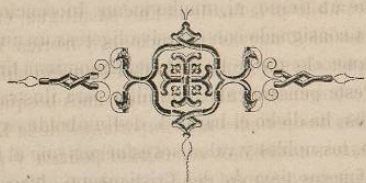


querido reivindicar aquellos funestos errores. Los Pontífices han salvado muchas veces a civilización que desbocada corría al abismo, y su influencia y prestigio renacerá, á no dudarlo, (escribimos este capítulo al terminar el año 1881) por el imperio irresistible de las circunstancias. *El Catolicismo es impercedero*, ha dicho también el mismo protestante inglés, señor de Ma-caulay.

Si algo pudiera enaltecer la historia del Papado durante aquellas prolongadas contiendas, será siempre la previsión y el tino como prepararon las primeras cruzadas, que satisfacían á la vez un pensamiento altamente religioso y llenaban una necesidad política y previsor, de trascendental importancia, que salvó el conflicto que amenazaba la existencia de la Europa cristiana, rebajó los bríos á los moros andaluces y sostuvo y dió estabilidad á la religión verdadera amenazada por el poder de la media luna en Oriente. ¿Qué de esfuerzos no tuvo que hacer el Pontificado para que los monarcas, sobre todo los de Francia é Inglaterra, pudieran apaciguar sus rencores á fin de que la paz imperara entre los fieles defensores de la Cristiandad?...



## CAPÍTULO IX

### EL FEUDALISMO, LOS MUNICIPIOS

#### LOS ESCOLÁSTICOS Y LAS CRUZADAS

La Edad media.—Su división.—Elementos que contribuyeron á formar la Edad media.—Influencia de la invasión sarracena.—El Catolicismo latino.—San Leandro y San Isidoro.—Las escuelas de Carlo-Magno.—Ilustración de los árabes.—El feudalismo.—Su decadencia.—Los municipios.—El municipio tiene su origen en los romanos.—La escolástica.—Toma nacimiento en las escuelas de Carlo-Magno.—Los nominalistas y los realistas.—Sus contiendas filosóficas hasta Guillermo de Ockam.—La protesta de Carlier de Gersón.—Resultados generales del largo periodo de la Edad media.—Las Cruzadas.—Sus consecuencias.—La Alquimia y los Alquimistas.—En el siglo XIII se fundan varias Universidades.—Notables personajes que se dedicaron á las ciencias en esta época.



PERFECTAMENTE ha dicho el Excelentísimo é Ilustrísimo Señor Arzobispo de Sevilla, R. P. Fr. Zeferino González, que la historia de la Edad media no se ha escrito todavía.

Durante este largo periodo que abraza mil años próximamente, tuvieron lugar grandes y sorprendentes acontecimientos, así religiosos y morales, como políticos y científicos; los cuales cambiaron la faz de la Europa antigua, crearon nuevos intereses sociales, nuevas instituciones y teorías, hipótesis y doctrinas sobre todos los ramos del saber humano también nuevos.

La reconquista de España, que hemos bosquejado, y que comprende los dos periodos más importantes de la Edad media, dió á los monarcas castellanos estabilidad política y poderosa influencia en los negocios del mundo conocido. Prestigio y firmeza que aumentó después de la toma de Granada de una manera portentosa, con los extraordinarios y trascendentales descubrimientos y conquistas de Colón, y las gloriosas hazañas de Cortés, Vasco Núñez de Balboa, Almagro, Pizarro y otros intrépidos españoles.

Los musulmanes vencedores antes en las orillas que riega el Guadi-Becca y vencidos después en las murallas de la codiciada Granada, volviéronse á las candentes playas africanas para sufrir el castigo que la Providencia les tenia reservado.



Preciso será examinar ahora, someramente, el carácter y tendencias de este importante período llamado *Edad media*, sobre todo, en la parte que corresponde al feudalismo con sus inaccesibles castillos, á los filósofos con sus interminables contiendas acerca los principios que deben servir de regla así en lo lógico como en lo moral para las diferentes energías del alma, á los árabes con sus progresos científicos, á las cruzadas con su fe religiosa y su elemento civilizador y á los municipios con sus aspiraciones democráticas sostenidas por el clero, que modificaron y cambiaron la esencia del orden civil para preparar la época notable de un Renacimiento filosófico y trascendente, que ejerció su poderosa influencia en la política, en la moral, en el derecho y, especialmente, en la ciencia y en la religión.

La Edad media, según opinión general, abraza un espacio de tiempo de 977 años, comprendidos desde la caída de Augústulo en 476 á la toma de Constantinopla por los turcos en 1453: alguno ha indicado como término la completa expulsión de los moros granadinos. Podemos admitir, siguiendo un autor moderno, que este prolongado período representa tres épocas bien caracterizadas. La de Mahoma, la de Carlo-Magno y la de las Cruzadas.

Aquellos dos grandes acontecimientos históricos que sirven de límites, dan á conocer la destrucción de otros tantos imperios. El de Occidente y el de Oriente, que concluyó con los últimos vestigios del poder de Roma.

Cuatro elementos diversos contribuyeron á formar la Edad media. La civilización pagana ya en decadencia, el barbarismo germánico, el Cristianismo á quien le cupo la mayor parte y el mahometismo.

Los germanos habían destruido la unidad política, y el yugo imperial se hizo trizas ante el poder de los bárbaros del norte. El Cristianismo con la santidad de su doctrina, difundía la unidad religiosa; pero el pueblo al recobrar la libertad civil, descendió á la servidumbre y quizá á la esclavitud, y en vez de un déspota se vió humillado y hasta sojuzgado por tiranos. Una constancia á toda prueba y un valor heroico y desinteresado, sostenido por la fe católica, pudieron á fuerza de tiempo, romper las cadenas ignominiosas de un feudalismo repugnante y avasallador. La invasión de los árabes y el desarrollo inesperado que dieron á sus conquistas, influyó poderosamente en la nueva civilización, que dominó durante las dos últimas épocas de la Edad media; gracias al elemento católico.

Pueblos de distintas razas y nacionalidades ocuparon los países que antes habían constituido el imperio Occidental, y la falta de armonía en los usos, costumbres é idiomas trajeron en pos de sí una confusión de poderes, una mezcla de intereses, una organización especial basada en la gradación de jerarquías y una dependencia mutua de suyo odiosa, servil y hasta brutal.

El Catolicismo latino constante en su misión divina, extendía y difundía la unidad de la fe cristiana, y dirigió todos sus esfuerzos á compactar el mundo civilizado; pero el feudalismo quiso dividir más y más aquella sociedad para que preponderase el individuo por el derecho de la fuerza. De aquí nació el atraso y la barbarie con que se ha calificado, generalmente, este prolongado espacio de tiempo. La raza germánica comenzó á destruir los centros de ilustración, el Estado desapareció ante la rudeza del señor feudal y la ciencia buscó un refugio seguro en el silencio angusto de los claustros.

El genio fecundo de Grecia y Roma, aquellos resplandores de la antigüedad clásica, que insensiblemente iban apagándose, las tradiciones que todavía se conservaban al través de los tiempos y de las vicisitudes de la humanidad, vinieron á sucumbir con Dagoberto I (Dag-Bert) y la invasión sarracena.

Gloria inmarcesible adquirieron en nuestra España aquellos varones ilustres que supieron conservar la ciencia. Entre ellos sobresalen los gloriosos é insignes hermanos San Leandro y San Isidoro que enaltecieron los tesoros del saber, y de aquella ciencia próxima á ocultarse en los monasterios. Era preciso combatir el arrianismo, y la herejía fué anonadada y destruída. La conversión de Hermenegildo y Recaredo son de ello un testimonio fiel. San Isidoro ha sido proclamado el *gran doctor de las Españas*, el genio más potente, universal y sintético de su siglo.

Muy cerca de dos centurias estuvo casi toda la Europa sumida en la más crasa ignorancia, en un barbarismo repugnante y de consecuencias graves. El gran Carlo-Magno la sacó de su letargo, y mandó á Baugulf, abad de Fulda, que abriera escuelas públicas. De este modo regeneró la escritura, fundaba al propio tiempo la Universidad de París y creaba la Academia Palatina (785) que fué la primera que se erigió en el mundo científico.

La invasión de los sectarios de Mahoma por la España cristiana cuando todavía no contaban un siglo de existencia después de la muerte del Profeta, vino á derribar el poder de los visigodos, y dió origen á una lucha tenáz y encarnizada que sostuvieron los españoles durante cerca de ocho siglos. Lucha sangrienta y porfiada, llena de heroísmo, que apenas dejó entronizar en la Península el régimen feudal. Por esto la monarquía española, desde que comenzó la reconquista, la hemos visto llena de majestad seguir paso á paso sus gloriosos triunfos y sus infortunados reveses, hasta alcanzar la suspirada unidad nacional con la toma de Granada.

Los árabes al invadir la España visigoda, digan cuanto quieran sus partidarios y admiradores, eran incivilizados, fanáticos, intolerantes y faltos de costumbres sociales. Pueblo arrogante y fiero con los vencidos, que había salido de los desiertos de la Arabia, errante, sin sujeción y lleno de ilusiones





señor feudal volviendo de una excursión por sus dominios.

fantásticas hijas de un estúpido sensualismo. Protegidos por los hebreos y en contacto con los españoles, pudieron adquirir formas sociales más suaves, condiciones por ellos ignoradas y consagrarse á muchos artes y oficios que no conocían. Tal vez la propia necesidad y el deseo de conservar la conquista cuando contemplaron la benignidad del clima, las morigeradas costumbres de los españoles, sus leyes, la majestad de los templos y la general riqueza del país, les hiciera conocer, que nada era más natural y apropiado para afianzar aquellos tesoros, que transigir con los hijos de los pueblos conquistados, dejándoles, siquiera fuese por el momento, sus leyes civiles y sus creencias religiosas; pero esta tolerancia, que formaba la esperanza de los judíos, fué de poca duración y estuvo equilibrada por los excesivos tributos que imponían los conquistadores. La civilización, tanto romana como goda y judía, comenzó á despertar su natural inteligencia, el impulso que Carlo-Magno diera á la educación su natural curiosidad, y en la península Ibérica principió su desarrollo intelectual, para adquirir toda la majestad de un pueblo culto, en los prósperos reinados de los Omeyyas, que aspiraron á sobrepajar la que en Bagdad comenzaba sus señalados progresos con la protección que la dispensó el califa Al-Raschid y su hijo.

Aarun-al-Raschid descendía de la dinastía de Abbas; quiso imitar al emperador de Occidente, comenzando por impulsar el sentimiento religioso en el Oriente, y aliviar los sufrimientos de los cristianos de Cartago, Alejandria y Jerusalem, que Meruán II, último de los Omeyyas, había extremado en demasia.

Con la nueva civilización la raza árabe llegó á poseer en Europa las costumbres, usos é ideas caballerescas, que en la Edad media ostentaban los poderosos señores feudales. Si la generosidad, la cultura y el valor personal; si la gracia, el sentimiento y el amor; si la elegancia, el lujo y la galantería pudieron desenvolverse entre los hijos del Hegiaz en virtud de circunstancias especiales y del contacto con los cristianos y hebreos de España, para refinar sus voluptuosos placeres, ó á fin de aumentar sus heroicos esplendores en el Califato de Córdoba, no debemos buscar semejantes progresos en el refinamiento de los capitanes que acompañaban ó siguieron á Tárik y Muza, cuyos caudillos fueron conquistadores y guerreros y *no literatos ni hombres de ciencias*.

No hay para qué exagerar los conocimientos científicos y literarios de los árabes, cuando penetraron en Europa. Es innegable que ninguno de los pueblos conocidos se hallaba (y aún se halla) con mejores condiciones, ni jamás fué más apropósito para el progreso y la ilustración que la raza semítica. Su carácter emprendedor, su audacia y valentía, el talento natural y hasta la sal-



vaje independencia de que tanto suele abusar en todos tiempos y circunstancias, la colocan al nivel de las naciones más aventajadas; y sin embargo, vivía entonces y vive hoy día sumido en la indolencia, en la sensualidad y en la barbarie. Sus glorias literarias y científicas pasaron con sus Califas, y poco á poco se extinguieron con los reyes y señores de taifas. Sin aspiraciones, sin ninguna de las nobles ambiciones de los estados libres, sin artes, sin industria, sin comercio, faltos de ciencias y porvenir, inspirados solamente por una creencia material y fatalista, se han embrutecido hasta alcanzar la odiosa servidumbre. La secta de Mahoma profesa una religión inmóvil, que arrastra á los hombres, bien á pesar suyo, al envilecimiento y á la abyección. El estandarte de la media luna está próximo á desaparecer del mundo civilizado.

Nosotros sólo vemos en el atraso lamentable del pueblo árabe la influencia de la religión; nada más que la religión. Fué preciso en aquellas épocas, que los preceptos alcoránicos se quebrantaran, y éstos fueron muchas veces quebrantados. Hay en ellos superstición y fanatismo. En prueba de lo expuesto, vemos al pueblo americano, que mora bajo la poderosa influencia de las regiones tropicales, es apático y descuidado, indolente y flojo por efecto del clima, vive sintiendo el peso de un fatalismo natural y funesto que no puede evitar; y sin embargo, educado por las benéficas y santas máximas del Catolicismo, sacude la pereza, espera con fe los productos de su trabajo y laboriosidad, y su ilustración le abre un dilatado y fecundo campo en el congreso general y un lugar distinguido en el progreso de la humana civilización. Sólo el Catolicismo puede ofrecer estas transformaciones y positivos adelantos.

El feudalismo grosero, ignorante y orgulloso, sostenía la servidumbre, la esclavitud y la desigualdad de clases. Con tan erróneos elementos no podía ser de modo alguno, el que impulsara la marcha de un progreso científico indefinido, ni los adelantos morales y sociales del porvenir. Sólo la Iglesia de Jesucristo, representada por los Gregorios é Inocencios, sostenida por la radiante antorcha del pensamiento, predicó con ardiente entusiasmo y santo fervor las leyes de este progreso incesante, que fué destruyendo aquellos repugnantes privilegios que amengüaban la dignidad del hombre. El dogma cristiano de común origen y destino para todos los mortales, proclamado por los Obispos y predicadores ortodoxos durante la Edad media, fué un llamamiento constante que condujo á los pueblos á su emancipación, uniendo y amalgamando las diferentes condiciones é igualándolos entre sí. Por este medio la Iglesia abrió ancho campo á la civilización moderna en presencia de unos mismos preceptos legales y religiosos, de los cuales resultó la igualdad civil y política. Hermanos primero ante Dios, fueron después iguales en presencia de la ley, y por ello adquirieron el título de ciudadanos cristianos. En el seno,



Señora feudal saliendo de su castillo.



pues, del Catolicismo se cimentó la libertad que sostiene aún y sostendrá la Iglesia de Jesucristo, recordando aquella sublime máxima del Evangelio: *Todos somos hijos de Dios!* Ahora ya no nos sorprenderá que el señor E. Girardin, entre otros haya consignado, que: «la Iglesia es la que ha creado el gobierno representativo.»

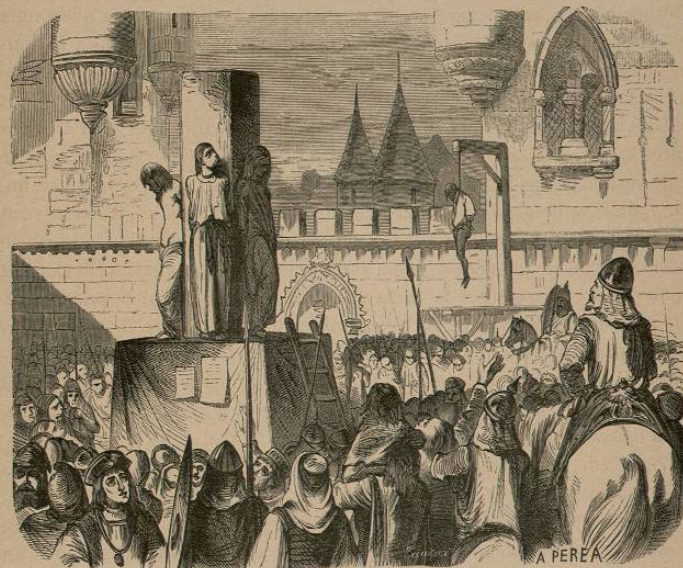
¿Por qué el feudalismo fué ajeno á las garantías políticas, á la fuerza particular, y, en general, á toda fuerza pública?... Durante esta época el individuo no conocía otro derecho que aquel que provenía de la fuerza, y sostenido por él atropellaba la razón y hacía sentir su yugo sobre la clase plebeya que gemía bajo el peso de la servidumbre. ¿Qué importa que el señor de vidas y haciendas otorgase alguna que otra vez insignificantes mercedes y pasajeras distinciones á sus siervos, si al cabo no salían de la villana condición de vasallos pegados á la gleba? El feudalismo llegó hasta la tiranía. Por esto el señor Guizot ha dejado escrito: «que la peor de todas las tiranías es aquella, que ve desde su asiento los límites de su imperio. Los caprichos de la voluntad humana, dice, se desarrollan entonces con toda su intolerable altanería y con irresistible prontitud.» Los señores feudales ejercían su dominio y despótico poder con daño de los siervos, sobre el aire que se respira, sobre el calor del sol que nos vivifica y sobre la lluvia que fertiliza la vida. ¡Ah! El pudor se resistió á reseñar ciertos privilegios y costumbres del régimen feudal, que aumentaban el martirio y los tormentos de aquellos hombres desgraciados que se llamaban de la *picota* ó del *rollo*. Por eso el mayor de los enemigos que tuvo el feudalismo en la segunda y tercera época de la Edad media fué, sin duda alguna, la Iglesia de Jesucristo, que al propagar la unidad de la fe católica, destruyó el elemento individual, que admitía como fundamento de su sistema político la diversidad de clases y jerarquías.

Se dirá, quizá, que el Catolicismo aceptaba también ciertas distinciones. Sí; es muy cierto: empero estas jerarquías no alteraban ni fraccionaban los poderes públicos, ni el territorio mermaba, ni mucho menos la unidad del dogma sufría modificación alguna. Eran jerarquías que no se oponían á los principios proclamados por Jesucristo, y todos podían aspirar á ellas; porque como ha dicho un pensador contemporáneo, «el clérigo lleva en el bolsillo junto con el breviario la tiara pontificia.»

El feudalismo seguía con todos sus excesos y demasías, siempre imperando por la fuerza, y cuando se pudieron contener los robos, los latrocinios y las iniquidades de los grandes magnates y poderosos señores, la Iglesia católica recobró la influencia y prestigio que los hombres de los castillos almenados le habían usurpado. Entonces el feudalismo comenzó á declinar visiblemente y las monarquías extendieron sus brazos para amparar á la sociedad. El feuda-

lismo vino á sucumbir ante las prisiones y el cadalso, por la influencia de otros poderes que se desarrollaban entre los hombres libres: tales fueron los *municipios*. Los municipios y la clase media auxiliaron al poder real, que sólo representaba el derecho de nacimiento y la iniciativa de una autoridad absoluta.

Mucho debieron contribuir también á esta nueva faz histórica de la Edad media las Cruzadas, propagando y extendiendo el sentimiento de fraternidad



La picota y la horca junto al castillo feudal.

que proclama el Evangelio. Cuando el siervo había empuñado las armas y participaba del espíritu guerrero, antes privilegio exclusivo del señor; cuando en los campos de batalla se borraba todo sentimiento de servidumbre, para que brillara con luz divina la libertad concedida por Dios al linaje humano; cuando, en fin, se vieron confundidas todas las nacionalidades, todos los caracteres, todas las costumbres y hasta las jerarquías y dignidades; el feudalismo perdió su poder y su importancia, y bien se puede asegurar, que desde aquel momento histórico dejó de existir. El Catolicismo con las Cruzadas, que dan á conocer la gran previsión del Papado, había dado notable impulso en el



progreso de la humanidad, porque abrió anchos y dilatados horizontes que debían utilizar las generaciones futuras.

Los *municipios*, en el fondo de origen romano, según opinión de autores respetables é imparciales, fueron otro de los elementos civilizadores, que comenzó á tomar seguro vuelo entre el movimiento intelectual del siglo XII. Se dirá que en muchas ciudades y villas permanecieron latentes, ó que carecieron de verdadera influencia durante repetidos años y aun de siglos. La tendencia de estos cuerpos ó colectividades municipales, que tuvieron asimismo los nombres de *comunnes* y *concejos*, fué siempre democrática, y debieron hallarse en abierta oposición con los señores feudales. Es muy posible, que si los municipios no hubiesen estado protegidos por el clero, habrían sucumbido en la contienda.

En los municipios sólo bullían y desempeñaban oficios los hombres libres, como los comerciantes é industriales, y además todo aquel que había conservado la independencia y la nobleza de la dignidad humana; mientras que los otros eran hombres de fuerza, que hacían alarde del oficio de las armas ó vasallos pegados al terruño del señor: bien se puede decir, que en aquellos tiempos el hombre pertenecía á la tierra y no la tierra al hombre. Á medida que la libertad del municipio iba echando raíces, mientras que la clase emancipada extendía su influencia y adquiría vigor y poderío, se equilibraba la seguridad individual, y el respeto á la propiedad, que hasta entonces se había hollado por bandidos y ladrones, los cuales muchos de ellos se encastillaban luégo en sus moradas almenadas, era ya un hecho verdadero. El municipio fué, pues, una garantía de orden y seguridad, que contribuyó á robustecer y afianzar las diferentes nacionalidades, cuya vida había sido hasta entonces lánguida y enfermiza, introduciendo como elemento para la constitución del Estado político de toda nación, el llamado *tercer estado, estado llano ó popular*. He aquí porque no ha faltado quien haya considerado á los municipios como la reacción del derecho y la paz contra la fuerza y la guerra. Por otra parte, los disturbios entre la Santa Sede y las altas potestades del imperio alemán trajeron sobre el Catolicismo muchos días de luto y aflicción, según hemos dado á conocer en el anterior capítulo.

En España estos municipios ó concejos eran tradicionales, y se remontaban al tiempo de los Iberos. Se habían conservado y aún robustecido durante las dominaciones romana y goda, sufriendo todos los vaivenes y vicisitudes de la Europa occidental, y hasta llegaron á desaparecer de las grandes poblaciones, donde dominaban los sectarios de Mahoma. Sin embargo, la prolongada estancia de los moros en la Península, pudo hacer olvidar las antiguas costumbres con sus nombres propios, que daban á conocer las dignidades y jerarquías

municipales para introducir otras nuevas de origen árabe, que todavía se conservan entre nosotros, según ha dado á conocer mi amigo y compañero el Señor Doctor Don Francisco J. Simonet, catedrático de lengua árabe de la Universidad de Granada. Empero es un descuido lamentable deducir de ello, que el municipio fué importado por los hijos del Islam, como ha consignado el Excelentísimo Señor Don Ángel Fernández de los Ríos en su obra *Luchas políticas*,



Juan de Padilla jefe de los comuneros de Castilla.

por el solo hecho de haberse olvidado ó extinguido los primitivos nombres romanos y godos.

En tiempos más modernos, es decir, después de la expulsión de los moros granadinos, los municipios alcanzaron notable incremento y gran influencia política. El poder Real, siempre suspicaz y receloso, creyó ver ciertos inconvenientes á sus prerogativas; de aquí resultó que en Castilla se confederaron algunos de ellos para oponerse á la absorción que les amenazaba, y sus patrió-



ticos esfuerzos vinieron á estrellarse ante el cruento sacrificio de Padilla, Bravo y Maldonado, que con escándalo de propios y extraños se consumó en Villalar....

Dígase lo que se quiera, el Catolicismo, propagando las santas máximas del Evangelio, fué y ha sido en todos tiempos el elemento civilizador más poderoso, liberal y eficaz de cuantos se han conocido; mientras el Korán sostenido por el alfanje del mahometano, ha llevado la intolerancia y la destrucción, el fanatismo y la barbarie por las regiones y países que han tenido ó tienen la desgracia de vivir bajo la odiosa dominación de la secta del Profeta.

En el segundo y tercer período de la Edad media, la *escolástica* nacida por una parte del renacimiento de la enseñanza imperial y de la ciencia de los hijos de Moisés, y del prestigio que adquirieron los árabes por la otra, formó desde luego dos partidos, que sostuvieron dos afirmaciones contrarias tomadas de las escuelas griegas, las cuales dieron origen á una controversia acalorada y sostenida, donde se renovaron las antiguas contiendas entre lo universal y lo individual, el principio y el hecho, la razón y los sentidos, lo material y lo inmaterial. Aplicaron con entusiasmo inusitado la dialéctica á la teología y la Iglesia católica se vió obligada, muchas veces, á intervenir con su autoridad. Verdad que los contendientes eran casi siempre sacerdotes, grandes dignidades de la Iglesia, obispos, comunidades y órdenes religiosas, que mezclaban con frecuencia imprudentemente la filosofía con la teología.

Es posible que Boecio teniendo en cuenta los escritos de doctos varones, fuese el primero que diera vida al verdadero escolasticismo. La universalidad de sus conocimientos y sus formas dialécticas, ayudados de una argumentación vigorosa, dieron grande importancia á las escuelas de Carlo-Magno, de donde, según opinión de respetables eruditos, tomó nacimiento la escolástica. Casiodoro y Alcuino tuvieron una buena parte en tan noble tarea.

Nada tiene de extraño. La civilización romana conservaba, sobre todo en España, su reconocida lozanía, y pudo presentar sabios ilustres y pensadores profundos que se hallan en el catálogo de los santos, como Isidoro, Braulio, Eugenio, Ildelfonso, Julián y otros no menos dignos y virtuosos, como Tajón. El señor de Hauréau historiador distinguido y erudito que se ha ocupado con notable acierto de la escolástica, dice: «La España cristiana era, á mediados del siglo VIII, una de las regiones más civilizadas del mundo antiguo. Como Italia y como las Galias había tenido bárbaros; pero en circunstancias menos funestas.» ¿Habrémós de buscar el renacimiento de las letras sólo en los dominios del poderoso emperador católico, ó quizá en alguna nueva herejía? Nó; porque los españoles y los isleños británicos, contribuyeron también á aquel importante movimiento intelectual. Si otras pruebas no existieran, véase la

forma didáctica de que se valieron para combatir el *adopcionismo* Beato y Heterio, contra la reconocida erudición de Félix obispo de Urgel y su discípulo Elipando, y aun del mismo Alcuino.

El escolasticismo no fué una doctrina especial, ni una escuela particular, como se cree por algunos; este nombre se tomaba en adjetivo para calificar de una manera sistemática á una ciencia dada, así en plena escolástica se decía, filosofía escolástica, aritmética escolástica, teología escolástica, etc. La historia de la escolástica no será otra cosa, que el estudio imparcial de las controversias que tuvieron lugar entre los jefes de los distintos partidos militantes, durante la segunda y tercera épocas de la Edad media. Escuelas que habían luchado en los tiempos de Platón y Aristóteles, que fueron debatidas por los alejandrinos y que nuevamente volvían al palenque de la discusión.

Los *nominalistas* y los *realistas* eran los dos partidos que ahora se disputaban la gloria de haber descubierto la verdadera sabiduría, la esencia de las cosas objetivas y subjetivas. Y aquellos problemas que no pudieron resolverse por los sabios de la antigüedad, se les dió una solución plausible bajo un criterio nominalista.

Si los pueblos bárbaros pudieron desfigurar y pervertir los buenos principios que imperaban entre los estudios durante la dominación romana, la influencia de los hebreos y luego de los árabes en todos los conocimientos humanos, con sus cavilidades, sutilezas y extravagancias, con sus comentarios, interpretaciones y aventuradas consecuencias, acabaron de corromper las doctrinas de Grecia y Roma, que aun se conservaban con respetuosa veneración. Con un latín adulterado ó semi-bárbaro, animados de su genio disputador y transgiversando los libros de Aristóteles contribuyeron al desarrollo de la escolástica, y sostuvieron después, por desgracia, los métodos con su autoridad é independencia.

Al llamamiento de Carlo-Magno, había acudido el monje irlandés llamado Juan Scoto, conocido vulgarmente por *Erigena*, uno de los talentos más potentes del siglo IX. Filósofo admirador de Plotino y sobre todo de Proclo, entronizó un sistema panteísta que se acercaba al neoplatonismo, con el cual hizo muchos prosélitos. Le refutó victoriosamente el obispo de Troyes llamado Prudencio Galindo, nacido en España y uno de los prelados más ilustres de aquella época. Erigena fué el autor de la obra intitulada *De la división de la Naturaleza*.

En verdad, que si muchos de aquellos sabios sólo habían creado escuelas, Juan Scoto dirigió todo su saber y talento á fundar un *sistema*, en el cual da á conocer la ciencia de los principios.

Todos los sistemas propuestos por los discípulos de la escuela de Fulda fue-



ron nominalistas; sin embargo, Remigio de Auxerre sostuvo que la ciencia tiene por objeto el conocimiento del sér como sustancia primera por su generación y esencia universal, en cuyo seno del gran todo las existencias individuales no son otra cosa que puros accidentes. Auxiliado por Guillermo de Champeaux y por Gelberto (después Silvestre II, que había hecho sus estudios en Gerona), establecieron la escuela realista de un modo definitivo.

En todos los sistemas de la escolástica se descubren bajo distintas formas, tres tesis fundamentales: la de los universales *ante rem*, la de los universales *in re* y la de los universales *post rem*. Al rededor de estos tres centros se agrupan metódicamente todas las cuestiones controvertidas. Apoyaron la escuela realista Odón de Cambray, Hildeberto de Lavardín, y se vió á Berenguer de Tours, que colocado entre los nominalistas, fué no obstante condenado por la Iglesia por las cuestiones teológicas, que impugnó San Anselmo con un misticismo elevado, que, muy bien puede calificarse de realista. Á pesar de todo, la Iglesia católica admitió durante mucho tiempo sus doctrinas, aceptando las conclusiones teológicas descartadas de las pruebas. Examen que no se hizo hasta la época de Santo Tomás de Aquino.

En los primeros años del siglo doce (1120) el obispo de Chalons-sur-Marne, Guillermo de Champeaux, fué uno de los fervorosos sostenedores de los universales *in re*. Con una dialéctica elocuente y persuasiva pretendió, que la naturaleza de estos universales fuese sustancia primera, siendo los individuos modalidades adventicias ó simples fenómenos que desaparecen sobre la superficie de este único é invisible sujeto. El sistema de este filósofo,—si bien para la filosofía moral condujo á consecuencias poco aceptables—enseña á la filosofía natural, que en sus investigaciones debe emplear una observación más circunspecta y un análisis detenido y minucioso.

Las teorías de Guillermo de Champeaux, en verdad, ya conocidas, por seductoras que ellas fuesen en sí, hallaron no obstante una resistencia poderosa en los partidarios de la razón pura. Estos pensadores preguntaban ¿qué es el pensamiento del hombre? Bernardo de Chartres, dijo: «Es una emanación del pensamiento de Dios. Y como era partidario de los gnósticos, alcanzó con sus razonamientos sobre las ideas divinas, los últimos términos del realismo.

Ante esta perspectiva se levantaron las protestas del joven Pedro Abelardo. Discípulo de G. de Champeaux, peripatético en toda su pureza, aristotélico por convicción debido á sus profundos estudios en el *Organum*, animado de poderosa y extraordinaria dialéctica, combatió con energía la multiplicación arbitraria de los seres, empleando muchas veces un lenguaje agresivo. El nominalismo de Abelardo comienza por una negación y concluye por una afirmación dogmática. Todos sus antecesores habian luchado contra aquel principio que

consideraba á los universales como otros tantos sujetos nacidos, según la escolástica, para prestar á las cosas la base sustancial.

Nó; respondió Abelardo con cierto espíritu racionalista. Los universales no



Abelardo enseñando filosofía.

existen á título de naturalezas ni de sujetos; no hay en el inmenso dominio de las criaturas ó de las cosas nacidas nada que no sea esencialmente individual, y que por necesidad no adquiera el sello ó la forma de la individualidad. Em-



pero debemos confesar, continúa, que si los universales no son principios de sér, *principia essendi*, son siempre principios de conocer, *principia cognoscendi*; porque en la primera definición de un objeto se afirma el sér ó no sér de este mismo objeto. Mas afirmar el sér de una cosa determinada, es reconocer que pertenece á la categoría de sustancia, y todo modo categórico es universal; pues los universales tienen en sí y por ellos mismos la propiedad de ser ésto y no aquéllo. Propiedad que según los nominalistas no puede aplicarse á las cosas individuales. Hay indudablemente en los universales formados por sujeto de definición y por principios de conocer, diferencias marcadas como la sabiduría que se distingue perfectamente de la hermosura, el valor de la filantropía; pero todos proceden de la inteligencia que los forma por el método de abstracción. Y para salvar la desconfianza que el espíritu puede tener en estas nociones generales de las cosas que no están relacionadas con su naturaleza, Abelardo presenta la teoría de la *percepción* y establece la necesidad de la *certeza*. Abelardo dió á conocer la nueva teoría del *conceptualismo*, justificó la opinión generalmente aceptada por los peripatéticos, y el nominalismo fué desde entonces una doctrina que formó escuela.

Pedro Abelardo después de sus desgracias se consagró á la teología, y con muy poca fortuna por cierto escribió sobre el misterio de la Trinidad, renovando antiguos errores. Escrito calificado de hereje por el concilio de Soissons (1123). Retirado á Nogent-sur-Seine, mandó construir el oratorio conocido por el Paraclete. Siendo abad de San Gildás, quiso sostener la disciplina y se le acusó nuevamente de hereje, condenándosele otra vez en el Concilio de Sens (1140). En esta asamblea tuvo por adversario á San Bernardo. Queriendo justificarse se dirigió á Roma, cuando de paso por el monasterio de Cluny, el abad Pedro el *Venerable* pudo reconciliarlo con la Santa Sede y con San Bernardo: murió en 1142. Con estos sucesos el realismo filosófico adquirió favor y preponderancia.

Abelardo había sido discípulo de Champeaux, á quien hizo cruda guerra, como antes dijimos, y no de Roselino, según el señor Don Abdón de Paz, en la memoria titulada *Luz de la tierra* (pag. 226), siguiendo probablemente el Diccionario de Gregoire. Sin embargo, confirman nuestra opinión, entre otros, el señor César Cantú, el Diccionario Enciclopédico de la lengua española y el Diccionario general de ciencias filosóficas.

Uno de los sabios y profundos realistas de aquellos tiempos, fué Gilberto de la Porré obispo de Poitiers. Espíritu innovador, probablemente inspirado por las doctrinas de la escuela de Córdoba, genio atrevido, supo distinguir la ciencia trascendental de la ciencia de la naturaleza. Este filósofo decía, que si la generalidad de las cosas había principiado desde que el soplo del Creador pro-

dujo el movimiento, las formas primordiales se habían conservado intactas en su naturaleza por el nuevo acto que produjo las formas secundarias. Así las primeras sustancias del aire, continúa el filósofo, del fuego, del agua y de la tierra, de la humedad, de la porosidad, etc., han sido son y serán siempre en sí permanentes é inmóviles, separadas de las sustancias subalternas ó *formas nacidas*, que comunican la esencia de los fenómenos sensibles.

Este realismo fundamental había pasado desapercibido, hasta que San Bernardo le acusó de blasfemia, y fué condenado por la Iglesia.

San Bernardo abad de Claraval, fué una de las figuras más sobresalientes del siglo doce. Partidario celoso de la ortodoxia, enemigo de mezclar la teología con la dialéctica, de carácter positivo y sin mistificaciones, su voz era oída con entera fe por la Europa cristiana. El gran filósofo nominalista, el desgraciado teólogo Pedro Abelardo se declaró vencido en la conferencia de Sens por la elocuencia del Santo.

¿Qué resultó al cabo con estos distintos modos de juzgar las diferentes opiniones de la escolástica? Que unos como Juan de Salisbur se lanzaron en brazos del escepticismo; otros se mostraron indiferentes como Pedro Lombardo ó de Lombardía, que en sus *Sentencias* le sirvieron de guía aquellas que con tanta gloria había escrito el ilustre Tajón; los hubo que se entregaron al misticismo, entre los cuales mencionaremos á Ricardo de San Victor; y muchos renunciaron al estudio de la filosofía para adquirir el título de gramáticos, músicos ó médicos. Esta confusión é indiferencia dió nuevos bríos al realismo el cual obtuvo el eficaz auxilio de los lógicos.

Al terminar el siglo XII entraron en el palenque de la filosofía otras dos ciencias, la física y la metafísica, traducidas, al parecer, por hebreos de las obras de Aristóteles. Se ha dicho que estas traducciones fueron de los árabes, quienes al trasportarlas del idioma de Homero al de Mahoma las comentaron á su placer. Está probado que los árabes de los siglos medios no conocieron el griego.

Hasta aquí sólo se había interpretado el *Organum*, pero ya se penetraba en otro terreno, donde Amalrico de Bène y David de Dinant se vieron castigados por los sínodos, á consecuencia de las doctrinas panteístas, hijas de la escuela de Parménides. Y era tal la confusión del momento, que se condenó también á Aristóteles; pero la escuela de Paris se apresuró á suavizar el dictamen, modificó los términos y procuró combatir el realismo manifestando su disgusto por la sentencia fulminada por el Concilio.

Al fundarse el Califato de Occidente por el primero de los Omeyyas que penetró en España, según hemos dado á conocer en el capítulo VII, la ilustración de los musulmanes no alcanzaba gran desarrollo ni esplendor. Los cristianos



que fueron respetados en su culto por una necesidad imperiosa de los conquistadores, siguieron sobre todo en Córdoba capital del Califato, las prácticas religiosas, especialmente en algunas iglesias y en aquellas escuelas que habían sido creadas en virtud del cuarto Concilio de Toledo. San Eulogio, Alvaro Paulo llamado el Cordobés, el abad Sansón y el de *Spera-in-Deo* fueron los verdaderos sostenedores de la ciencia *mozárabe* cristiana, que siempre se inspiró en la ciencia de San Isidoro. Los árabes no comprendían los estudios filosóficos, y sus filósofos, si tal pueden llamarse en general, deben buscarse entre los sirios, persas ó españoles. Si hay en ellos algo que les pertenece, si alguno merece el título de tal, forzoso será encontrarle en los jefes de sus sectas. El conocimiento de Aristóteles y de otros griegos no fué suyo, si bien supieron luégo comentarlo á su antojo y apropiarlo á sus doctrinas.

Las inauditas persecuciones que sufrieron los cristianos á la muerte de Abderrahmán, y las nuevas herejías que se desarrollaron y difundieron con nefanda intención, levantaron la horrorosa tempestad que rugía continuamente en derredor de los hijos de Jesús, para que tomase seguro vuelo el panteísmo judaico-hispano de Avicibrón (Ben Gabriol), y después el de Moisés ben Mayemón conocido entre los hebreos por *Rambán* y Maimónides por los cristianos. El genio fecundo y audaz de Averroés ejerció un predominio absoluto sobre la ciencia de Occidente, fundando la escuela que se ha llamado *arábigo-hispana*, que no sin razón se ha considerado como la más brillante y avasalladora de aquellos tiempos.

Averroés y Avicena con sus comentarios,—no en las traducciones de las obras del Estagirita como suele decirse,—tan reñidos con la ciencia é inspirados en el panteísmo de la escuela cordobesa, de la cual eran sus genuínos representantes, recordaron las extravagancias de antiguos sistemas hasta alcanzar á la India; y *el autor del Libro de las causas* sobre quien recayó la responsabilidad de los nuevos errores, propagaron de consuno el realismo impío, que combatió con el mayor entusiasmo la Iglesia católica. Los obispos de París y de Lincoln, Guillermo de Auvergne y Roberto Greathead, fueron partidarios del realismo. El doctor Juan de la Rochela se declaró imitador de Avicena, á quien siguió con cierta independencia. Estas funestas doctrinas fueron aniquiladas en su esencia por Raimundo Llull y después por J. Luis Vives.

Avicena no aceptó muchas veces las doctrinas peripatéticas, sostuvo el panteísmo y se separó de la ortodoxia musulmana. Al-Gazél de Tus lo refutó empleando un misticismo quizá dudoso. En el averroísmo Dios carece de libertad y de providencia y la personalidad humana deja de existir, es un mito. La inmortalidad del alma racional no es otra cosa que el renacimiento eterno del linaje humano, y el último término de su perfección está en su absorción en

Dios. Averroés equipara el mosaísmo, el Cristianismo y el mahometismo, condensando en pocas palabras todas las blasfemias de la incredulidad; sus doctrinas son esencialmente antireligiosas, siendo probablemente el primero que hablara de los *tres impostores*, que mucho después dió origen á un libro vulgar y de escasisimo mérito.

Ejerció gran influencia en la propagación de las doctrinas sankia y panteísta de Averroés, el hebreo Maimónides su discípulo, á quien sus correligionarios dieron los epítetos de águila de los doctores, estrella de Occidente, luz de Oriente, sólo inferior á Moisés. Thopail contribuyó también al éxito de esta propaganda.

Eichborn señaló á Maimónides el primer lugar entre los rabinos, superior á Rabí-Moseh, Avicibrón, Avempace y Jehudá Levi; y Escaligeno dijo de él: *primus fuit inter Hebreos qui nugari desiit*. La mayor parte de sus obras fueron traducidas en distintos idiomas por Pockocke, Prideaux y Clavering. Selden lo colma de elogios, y por mucho tiempo se denominó el año de su muerte de *lamentum lamentabile*.

Este hombre extraordinario fué perseguido y murió en extraña tierra. Sus obras principales fueron el *Morch-Nebuchin* y el *Jad-Hahzakah*, que es el código completo de la ley escrita, las cuales excitaron un cisma entre las sinagogas, porque quiso purgar el judaísmo de las extravagancias del Talmud. Y mientras en Montpellier, Barcelona y Toledo se entregaban estos libros á las llamas en la plaza pública y se excomulgaba á los lectores, en Narbona y otras sinagogas encontraba el *Morch* ardientes y entusiastas defensores. Terminado el cisma la autoridad de Maimónides se reconoció otra vez por los hebreos sphardim, que siempre fueron muy ilustrados, como se puede reconocer en muchos de sus escritos, sobre todo, en el *Agadota* y el *Cetro de Judá*. La ciencia de los árabes debió una gran parte de sus progresos á los judíos sphardim.

Entre los muchos sabios que florecieron en el siglo XIII en medio de las empresas guerreras contra musulmanes y las prolongadas disensiones del Papado con la casa de Suabia, apareció en el estadio de la filosofía escolástica y de la teología un hombre extraordinario, grande entre los más grandes y sabio entre los más sabios. Tal fué Alberto apellidado el *Grande*, individuo de la antigua familia de los condes de Bollstadt. Había nacido en Lavingen en Suabia en 1193 (ó 1205 lo más probable).

Entró en la orden de predicadores de Santo Domingo (1221) y tanto en Colonia como en París fué seguido con frenético entusiasmo por la juventud que de todas partes acudía á su cátedra. De estatura mediana, demacrado por las vigiliass y el estudio, el maestro Alberto era el oráculo de todos por su elocuen-



cia fascinadora y por su profundo saber. Parecía que el cielo y la tierra abrían sus arcanos, que no tenían para él secretos, y la ciencia manaba á raudales de los labios del fraile dominico. Sus obras forman veinte y dos volúmenes in folio.

¿Fué Alberto el *Grande* uno de tantos sostenedores del realismo filosófico de la Edad media? Muchos críticos lo han colocado en esta escuela, y otros creen que sus escritos se han interpretado con ligereza y superficialidad, debiendo considerársele como nominalista.

En la escuela realista notamos que los seres se multiplican sin necesidad; su inteligencia sólo concibe una transformación rápida ó instantánea de tantas entidades del género de la sustancia realizada en su imaginación, y de este modo pueblan al mundo arquetipo, el universo y el pensamiento de seres ficticios. Mas la controversia escolástica había girado principalmente hasta entonces, sobre los universales *in re*, es decir, sobre los géneros y las especies, que fueron considerados por los realistas como sustancias y sujetos evidentes, y por los nominalistas como modos esenciales ó maneras de ser inherentes á la sustancia de los individuos. En esta cuestión Alberto el *Grande* sostiene las mismas opiniones que Abelardo, dándolas á conocer con lealtad y sin reserva alguna en sus comentarios sobre la lógica, la física y la metafísica peripatética.

Con efecto, define las cosas que están en acto final, las que son objeto de averiguaciones ó de estudios empíricos y aquellos seres cuyo conjunto forma el Universo, cual lo hicieran antes los nominalistas. Cuando se ocupa de los universales *ante rem*, critica con severidad las entidades del mundo platónico y asegura que nunca ha concebido como una idea puede estar separada de la inteligencia que la ha formado. Por último, al explicar su doctrina sobre los universales *post rem*, lo hace de tal manera y con un criterio tan levantado, que no puede reprocharse bajo ningún concepto que se la estudie. Sus conclusiones son nominalistas en verdad; pero dejan no obstante mucho campo á la discusión y á la controversia, hallándose identificado en todos aquellos puntos y proposiciones que fueron controvertidos anteriormente por Abelardo contra Guillermo de Champeaux y Bernardo de Chartres. En fin, Alberto el *Grande* fué sin ningún género de duda un verdadero nominalista, y de ninguna manera el fundador de un nuevo realismo, como han pretendido muchos de sus oyentes, quienes interpretaron á su manera los principales términos de su escuela.

Alberto el *Grande* murió en Colonia, donde se había retirado, en 1280; su mucha ciencia hizo que pasase por mago y hechicero, opinión sin fundamento alguno, que sólo probará la generalidad de sus conocimientos.

Uno de sus discípulos, el más sobresaliente tal vez de su época, el Doctor que con su gran talento ha llenado el orbe católico, fué Santo Tomás de Aquino, que hizo sus votos también en la orden de predicadores de Santo Domingo.

Á la muerte de Alberto el *Grande* se deslindaron completamente las dos escuelas militantes, representadas ya por los religiosos dominicos como entusiastas nominalistas, y por la orden de franciscanos que eran acérrimos partidarios del realismo. De ambas comunidades salieron genios eminentes, y cada escuela guardó sus principios con fe ciega, sin ceder en lo más mínimo á su contendiente.

El colosal talento de Santo Tomás de Aquino, vaticinado por el maestro, fué la gran figura del siglo XIII, y colocó á los dominicos en una posición ventajosa y en mejores condiciones para la contienda hasta el punto, que no ha habido en el mundo católico otra teología que la *Summa* de Santo Tomás.

Su obra magna la *Summa theologiæ* es un sistema teológico completo, que abraza la moral general y particular, y todos aquellos conocimientos que se veían diseminados entre los cristianos y los árabes.

Si en los siglos posteriores se ha pretendido separarse de las resoluciones presentadas por el Doctor Angélico, han marchado hacia la herejía; si se ha querido colocar una palabra á fin de aclarar un concepto en cualquiera de sus conclusiones ó para hacerla más fácil é ingeniosa, en seguida se ha hecho sospechoso y ha caído bajo las censuras de la Iglesia.

Á pesar de los progresos de la ciencia experimental y de sus forzadas interpretaciones, la influencia de la escuela tomista se deja sentir entre la mayoría de los sabios de nuestros tiempos, y la tradición escolástica tiene recuerdos placenteros, que en su mayor parte se deben á las obras de Santo Tomás de Aquino.

La parca lo arrebató á la ciencia cuando apenas contaba 48 años. La Universidad de París reclamó la gloria de pertenecerle y lo proclamó el segundo Agustín, el Doctor de los doctores, el ángel de las escuelas, el Doctor Angélico; sus lecciones públicas alcanzaron un éxito extraordinario, y todas sus conclusiones eran recogidas por la juventud estudiosa como la última palabra de la ciencia.

Alberto el *Grande* atacando al doctor Alejandro de Hales había herido el orgullo y susceptibilidad de los franciscanos, y Santo Tomás lleno de respeto para con su maestro y de ardiente celo para con la orden, entró sin temor en la contienda, abrasado de fe y entusiasmo á favor de los nominalistas.

La lucha era colosal y trascendente, los ataques llenos de vigor y sostenidos por estudios profundos, los asaltos continuados y repetidos; pero Tomás